



La Semana Santa se abre con el olivo y se cierra con el leño de la cruz: dos símbolos a través de los cuales la liturgia nos hace contemplar el fruto maduro del amor desmedido de Dios, que se dona como paz y perdón.

La celebración de este día se inicia, a modo de prólogo, con la procesión de los ramos; de este modo entramos solemnemente en Jerusalén con Cristo, el Mesías manso y humilde de corazón, aclamado por los discípulos y la multitud con el canto *"Hosanna al Hijo de David"*.

El Señor entra en la ciudad santa, o mejor dicho, se dirige al templo, donde desarrollará todo su ministerio hasta su pasión. Es el regreso de la gloria de Dios a Jerusalén, al templo, morada de la grandeza del Eterno, tal como había sido anunciado por los profetas (Ez 47). De este modo, el amor de Dios por todo hombre se manifiesta de modo pleno y definitivo, y viene a habitar establemente entre nosotros (se cumple lo que afirma el evangelista Juan en el prólogo Jn 1,14).

El Rey entra en la ciudad de David para **"desposarse"** con ella; para llenar de alegría a su pueblo, a la humanidad. En este gesto que hoy recordamos y celebramos, saboreamos lo que aconteció en el nacimiento de Jesús, tal como se narra en los evangelios de la infancia. El canto de júbilo es el

mismo: *"Gloria en el cielo y paz en la tierra"*. En aquella ocasión fueron los ángeles; ahora son los discípulos y lo hacen movidos por las maravillas que ven.



La entrada en Jerusalén y la cruz vienen a ser como dos caras de la misma moneda. En ambas está presente el Rey de los judíos. En este día de ramos y palmas se canta; en la cruz estará escrito. Reina desde un trono ignominioso y manifiesta su poder en la impotencia del madero.

Sin embargo, hay dos modos muy distintos de situarse cuando uno está clavado en la cruz del dolor: son las actitudes de los dos malhechores. Ambos son delincuentes y los dos se dirigen al Señor. Uno grita **"algo"** acerca de Jesús que se hace desafío; el otro pronuncia una súplica confiada. Jesús calla ante el reto del primero y responde a la petición del segundo. Es decir: acepta entrar en diálogo con nosotros, pero solo si nos confiamos en él. Escuchará a quien confiesa que "Dios salva" y el Señor, de este modo, le asegura que "hoy estarás conmigo en el paraíso", en el jardín. Promete al hombre pecador que estará con él, en el lugar de mayor intimidad con Dios —en el jardín, lugar originario de la comunión de Adán con el Altísimo—, porque él, el Rey, ha vivido plenamente el alejamiento de Dios en el desierto del pecado y de la muerte.

Con el domingo de Ramos en la Pasión del Señor comienza la "Gran Semana". Todavía pertenece a la Cuaresma, puesto que esta concluye el Jueves Santo después de la hora de nona, pero ya se saborea el triunfo de la Pascua y la gloria del final. El itinerario que la ha precedido y preparado ha sido una gran catequesis sobre la Alianza, y su implicación en la vida de los fieles.

El domingo de Ramos es un día cargado de significado espiritual. En él, y por medio de los acontecimientos recordados y celebrados, se nos ofrece una profunda enseñanza que debemos seguir: las dos dimensiones: de la gloria y de la pasión, aunque aparentemente opuestas, revelan que la gloria de Dios se manifiesta en la pasión de Jesús crucificado.

La imagen del cuerpo del Resucitado, en la que resplandecen las llagas que marcaron la carne del Maestro, es una **"palabra"** elocuente: el misterio de la alegría-dolor es una realidad vital a menudo inseparable, donde la alegría se mezcla siempre con el dolor, el dolor está siempre impregnado de alegría.

La salvación que ofrece el Rey de los judíos no es la liberación de la muerte, sino la liberación en la muerte. Es la apertura de su Reino. Jesús abre su Reino al hombre que se confía a su poder indefenso.





### Un salmo para rumiar

Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24

**A**l verme, se burlan de mí,  
hacen visajes, menean la cabeza:  
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;  
que lo libre, si tanto lo quiere.»  
Me acorrala una jauría de mastines,  
me cerca una banda de malhechores;  
me taladran las manos y los pies,  
puedo contar mis huesos.  
Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica.  
Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía,  
ven corriendo a ayudarme.  
Contaré tu fama a mis hermanos,  
en medio de la asamblea te alabaré.  
Los que teméis al Señor,  
alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo;  
temedlo, linaje de Israel.

Los evangelistas Mateo y Marcos recogen un grito de abandono como la última palabra de Jesús al morir en la cruz. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Son palabras del salmo 21 (22). Una plegaria de lamento. Orar, en forma de lamento, significa seguir un camino que lleva más allá del miedo, de la angustia y de la lejanía de Dios.

No hay cristiano que no conozca la fuerza estremecedora de los primeros versos de este famoso salmo, gritado por Jesús agonizante (Mt 27, 46). Un texto de gran desolación, salpicado de sangre y lágrimas y, sobre todo, por el silencio de Dios.



Este versículo, que se encuentra en el salmo 22:1 y fue pronunciado por Jesús en la cruz (según los Evangelios de Mateo 27:46 y Marcos 15:34), tiene un profundo significado teológico y espiritual. Expresa un sentimiento de desolación y abandono que, al mismo tiempo, está lleno de esperanza y confianza en Dios. Aquí algunos puntos clave para reflexionar:

**1º La experiencia humana del sufrimiento.** La frase refleja el dolor y la angustia extremos, algo profundamente humanos. Jesús, al citar este Salmo, se identifica con las experiencias de sufrimiento de la humanidad, llevándolas consigo en su sacrificio.

**2º Un lamento.** Este salmo culmina con una nota de alabanza y confianza en la liberación de Dios. Esto sugiere que el clamor inicial no es un reproche desesperado, sino una expresión de fe, incluso en medio del dolor.

**3º Redención y propósito:** Estas palabras también apuntan al cumplimiento del plan de salvación. Jesús, sintiendo el peso del pecado de la humanidad, experimenta una separación momentánea, pero su sacrificio trae reconciliación entre Dios y el hombre.

**4º Una invitación a la reflexión:** Estas palabras pueden resonar en momentos de dificultad, ayudando a quienes sufren a encontrar esperanza y confianza en Dios, aun cuando las circunstancias parezcan oscuras. Este texto no solo expone el misterio del sufrimiento, sino también la promesa de redención y restauración.

## En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo  
Sancta Ovetensis

DOMINGO DE RAMOS "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 50, 4-7

**E**l Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.



Lucas 22, 14-23, 56.

**E**ra ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: + «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»\*. Y, dicho esto, expiró.